

DEPARTAMENTO DE ZOOLOGÍA (VERTEBRADOS)

Informe del jefe del Departamento, doctor Emiliano J. Mac Donagh

ESTUDIOS ZOOLOGÍCOS EN EL RÍO NEGRO INFERIOR

Hacia el final de las vacaciones de 1936 realicé una breve excursión de estudios a la región de Viedma, capital del territorio nacional del Río Negro. Mis propósitos eran muy concretos, pues ya conocía la región por haber estado en ella en dos ocasiones, en expediciones del Museo, si bien de paso. Esta vez los recursos de que disponía eran limitados, por lo cual sólo



Fig. 1. — Playa de Viedma sobre el río Negro. Al fondo, escalonada, la ciudad de Patagones. « Marea » baja, es decir que el río corre y está bajo porque no hay marea alta en la boca. En estas playas se encuentran las larvas de lampreas.

estuve allí pocos días, pero la limitación de mis propósitos se avenía a la situación. En las *Notas preliminares del Museo de La Plata*, tomo I, páginas 63-86, con 10 figuras, y bajo el título de *Notas Zoológicas de una Excursión entre Patagones y San Blas* di las primeras noticias sobre tales estudios, sobre todo en el capítulo titulado *El río Negro en Viedma*. Allí me ocupé especialmente de las larvas de lampreas de la playa del río sobre el lado de Viedma. También describí como especie nueva un bagre muy característico, *Diplomystes viedmensis*, que siempre se había considerado

como de igual especie que su congénere del lado chileno. Entonces obtuve algún material de la trucha criolla, *Percichthys trucha*, que ya era escasa. Esta especie y el bagre parecían haber sido frecuentes en las aguas del río Negro entre Viedma y Patagones, pero a la sazón escaseaban; anoté la opinión que ello se debía a las obras de secado de la llamada «Laguna del Juncal» pues allí tenían ambas formas un refugio natural para desovar y para que prosperasen las crías.

Aquellas anotaciones de 1931 las he confirmado ahora. El bagre ha desaparecido a esa altura del río y casi puede decirse lo mismo de la trucha.

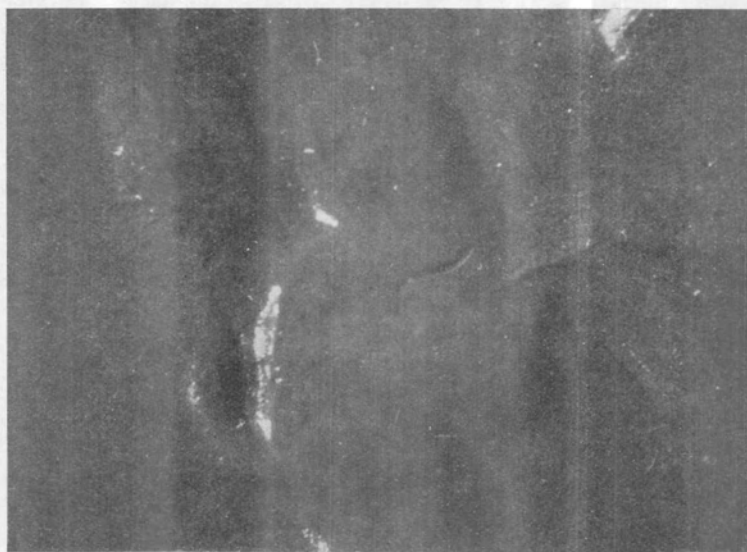


Fig. 2. — Larva de lamprea en la playa arenosa, cubierta por poca agua en una pequeña ondulación labrada por las olitas. Se observa la huella dejada por el paso de la lamprea. Las manchas blancas son del brillo del sol (cabrilleo) sobre el agua que se mueve. Parte de un film cinematográfico.

Pero es indudable que con esas obras se ha recuperado una extensión considerable de campos fértiles en los alrededores de Viedma.

Durante el verano anterior y el invierno siguiente, el señor don Emilio Kruise, Regente de Estudios de la Escuela Normal de Viedma, me había hecho algunas remesas de larvas de lampreas vivas, las cuales mantuve durante algunos meses en acuarios, pero al tiempo se morían sin que pudiera seguir su desarrollo. El mismo señor Kruise me ayudó grandemente durante esta nueva excursión lo cual me permitió extender mis viajes más de lo que pensaba. Aprovecho aquí para agradecerse. Infortunadamente llegué en momentos muy desfavorables para la observación de las lampreas en su estado natural. Supongo que pocos días antes hubo en el río una ave-

nida o creciente no muy pronunciada pero por lo menos de corriente muy rápida porque todas las playas estaban corroídas en torbellinos pequeños, quitando su pendiente suave a la arena lo cual impedía el andar natural de las larvas, y, desde luego, dificultaba mucho su busca. Apenas si en algunos puntos encontré espacios preservados y pude tomar algunos centímetros de cinta cinematográfica de los movimientos de las larvas.

Tampoco se hallaron estas larvas en otros lugares visitados, por ejemplo, la isla de la Paloma situada aguas abajo, y que es un lugar atravesado por canales de riego o acequias, con una vegetación abundante, desde luego

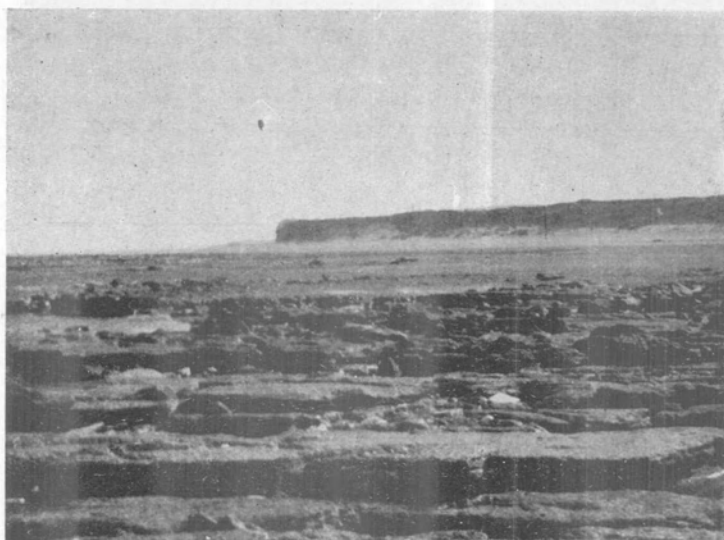


Fig. 3. — La boca del río Negro, en una ensenada un poco al sur de la desembocadura. Al fondo (sur) la alta barranca. Se observan los pozos entre las piedras horizontales: no se encontraron peces allí.

que insólita para esa región; en las vecindades marinas de la boca del río (las larvas son exclusivamente de agua dulce); y en la vecindad del lugar llamado Cubanea, en una laguna formada por un brazo del río; este brazo ha sido aislado por las obras de defensa de Viedma, un largo terraplén destinado a impedir la vuelta de las aguas a la laguna del Juncal y otros bajos; allí, pues, ha quedado una laguna que en parte tiene orillas muy llenas de árboles añosos; pero algún tiempo antes una crecida muy fuerte derrumbó en parte el terraplén, con lo cual el agua volvió a correr por ese brazo del río Negro. El lugar que visité era el de la salida de retorno al río donde no tenía a la sazón mucha fuerza pero con todo había dado lugar a la formación de una corriente paralela a la del río, separada de éste por un banco de arena y limo, hasta que se juntaba con el río. Por estos lugares se buscó

con empeño ayudado por varias personas, sin lograr ni rastros de las larvas. Sin embargo el sitio era ideal por la amplitud de las playas.

Con objeto de pescar en la laguna de Cubanea se pasó con harta trabajo un bote desde el río (que allí corre al sur de un gran islote arbolado profusamente) hasta el canal o brazo, recorriéndose sitios demasiado fangosos para soportar el peso de los pescadores con la red. Se lograron pejerreyes, crías de truchas y los ciprinodontes de que luego me ocuparé. Estos también estaban en un charco a un lado del canal, muy lleno de juncos y con el agua en mal estado, desecándose de a poco, pues estaba a más alto nivel

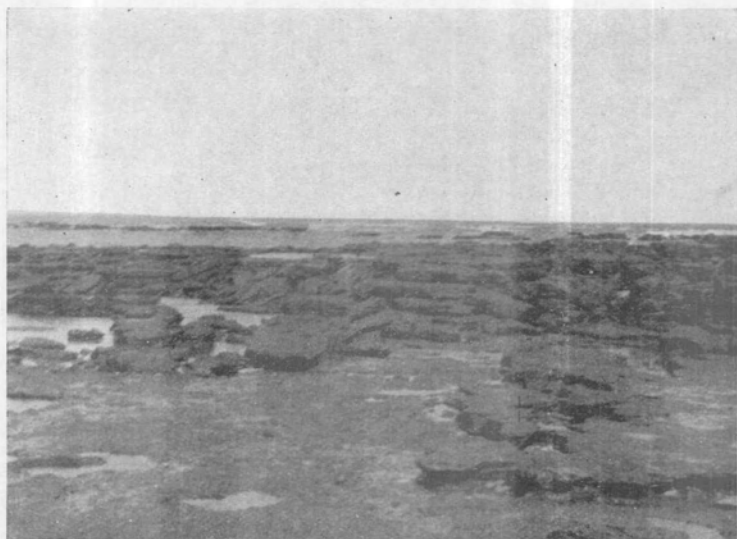


Fig. 4. — Lugar vecino a la figura 3. Partes de la playa arenosa entre las piedras. No se encontraron peces, lampreas, etc.

que el canal. Las crías de truchas eran realmente pocas y de poco tamaño; este hallazgo confirma mi opinión ya dicha de que la manera de repoblar el río Negro es suministrarles a los peces lagunas vegetadas que no sean barridas por las rápidas y poderosas avenidas del gran río.

Los ciprinodontes o pecílidos mencionados pululaban en una zanja entre las quintas de Viedma y en algunas acequias de la isla de la Paloma. Eran de color violado claro, con brillos violáceos, sin manchas, y nadie al verlas por primera vez pensaría que se trataba de los mismos peces vivíparos, los «pechitos» o «madres del agua» o más propiamente «overitos» con que estamos tan familiarizados en las aguas más propiamente bonaerenses, en fin, la *Jenynsia lineata*. El análisis minucioso de su dentición, de la aleta anal del macho, transformada en gonopodio, la escamación, las proporciones del cuerpo, revelan en forma indudable que se trata de esa especie. Con

ello debemos extender aún más al sur el límite de distribución de esta especie cuya dispersión es vastísima, revelando las posibilidades de una adaptación por eurihalinidad que debe ser de las más plásticas que se conocen; como referencia baste decir que se la conoce de lagunas intensamente cloruradas de Tucumán (Cadillal) y que yo la obtuve en abundancia en los canales marinos interiores de la península de San Blas, en los cuales la concentración salina llega a 55 por mil, es decir, sobrepasando en más de 10 la mayor concentración marina, como el Mar Rojo.

De paso se confirmó que no se encontraban (y es ya muy difícil creer



Fig. 5. — El río Negro cerca de Cubanea. Un gran lomo de arena entre la orilla sur y el brazo principal del río. Buscando larvas de lampreas, pero infructuosamente, en la arena blanda atravesada por un hilo de agua.

que siquiera vivan allí) dos especies que se han señalado como del « Río Negro », y que yo ya he dicho debe ser uno de sus homónimos, demasiados, en verdad, en Sud América. La primera es el « chanchito » o « juanita », se supone que de la especie *Crenicichla lacustris* aunque se la haya citado de la especie *Cr. saxatilis*, erróneamente; en mi trabajo *Sobre las formas bonaerenses de Crenicichla lacustris* (Castelnau) publicado en las *Notas preliminares del Museo de la Plata*, tomo I, páginas 87-97, 1931, yo cuestionaba la procedencia de un material de Berg según el cual vendría de una pesca suya en el río Negro, cerca de Carmen de Patagones, en septiembre de 1874. Ciertamente es Berg quien lo dice. Pero no se la encuentra en todos los ríos desde el Plata al sur, y he pescado en unos cuantos. Por otra parte ningún pescador ni habitante antiguo de esa región lo ha

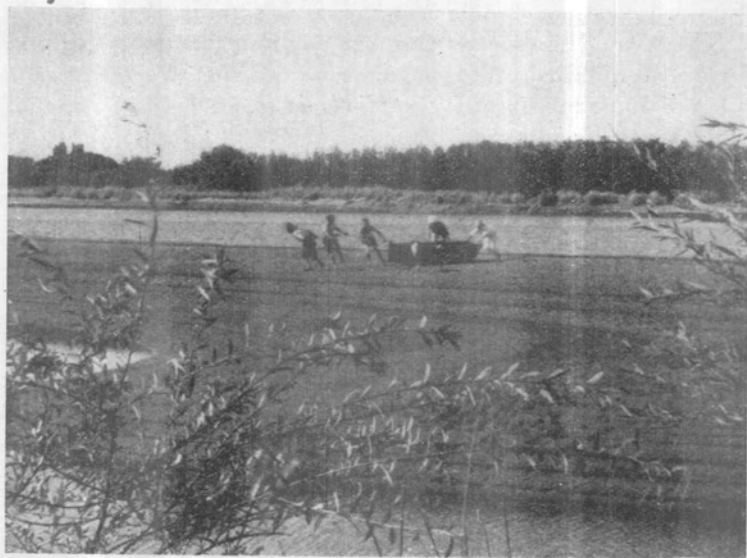


Fig. 6. — El río Negro en la zona de la figura 5. Un banco de arena firme, con marcas horizontales por el paso de las corrientes, separa el río en un brazo principal y una pequeña corriente que recibe las aguas del brazo de Cubanca. Para pescar en éste es preciso llevar un bote trabajosamente a través del banco.



Fig. 7. — El final del pasaje en la pequeña laguna frente a la salida del brazo de Cubanca

visto jamás. Lo mismo digo de la « mojarra », *Astyanax rutilus*, que según la rehabilitación de un dato de Günther por Eigenmann, se hallaría en el río Negro; en mi trabajo *La ecología del pez dientado (« Acestorhamphus jenynsi ») en la laguna Cochicó y estudio lepidológico de la especie*, publicado en las *Notas preliminares del Museo de la Plata*, tomo I, 1931, páginas 255-289, 2 mapas, 14 figuras, yo decía en nota de la página 262: « no logré obtenerlo (el caracínido) en Carmen de Patagones ni ningún pescador local recordaba haber visto « mojarras » en aguas del río Negro ». Mis informes entretanto y mis pescas de este año me refirman en mi opinión.

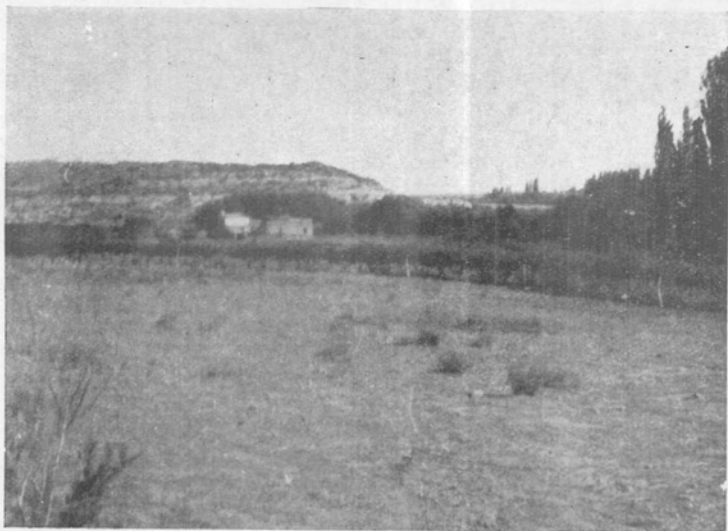


Fig. 8. — El lugar donde debió vivir Guillermo E. Hudson, el gran naturalista argentino, mientras estuvo en Patagones o « El Carmen ». Al fondo la Barranca de los Loros que él describió, a cuyo pie corre el río Negro. Casi en el centro (en color gris) una tapera que es probablemente la casa de « Ventura », el huésped de Hudson.

Por otra parte, en la boca de la laguna Cubanea coleccioné algunos batracios que he entregado para su estudio al doctor Gaggero, esperando los publique, y entre el barro una sanguijuela que estudia ahora mi alumno señor Raúl Ringuélet quien ya la ha ubicado en el género *Haementeria*, dato interesante por ser tan al sur su procedencia.

Además de tales estudios realicé algunos sobre hormigas y roedores, especialmente en la Escuela Agrícola y Estación Experimental de Patagones, a cuyo Director, ingeniero Arnolfo González, quedo muy agradecido por la ayuda prestada. Tal como se podía esperar de mis estudios anteriores, en la región, (*loc. cit.*, especialmente páginas 73-74; y el de 1934, *Algunos Insectos y Vertebrados de San Blas*, en *Notas preliminares del Museo de*

La Plata, t. II, págs. 287-313, 2 figs., 2 láms., y especialmente las págs. 295-297, sobre Formicidos), las hormigas pertenecían a la hormiga negra del sur, *Acromyrmex ambiguus* Em., a una de las hormigas negras, *A. lobicornis* y la hormiga colorada del campo, *Acromyrmex silvestrii bruchi* Forel, de los cuales practiqué algunos cortes en los hormigueros obteniendo muestras de la honguera. Se comprende que en la misma Escuela poco se pudiese hallar de estas plagas que allí son combatidas sin descanso.

En cuanto a los Roedores las pocas observaciones reunidas las reservo para un trabajo de conjunto destinado a las *Notas del Museo*. Puedo anticipar que los cuises parecían haber desaparecido, quizá por una epidemia; en un viaje anterior coleccioné en la región limítrofe *Microcavia australis nigriana* (Thomas). Es curioso que la vizcacha, *Lagostomus maximus petillidens* Hollister, propia de Patagones, tendía a invadir a Viedma, hasta ahora indemne al otro lado del río, pasando por el nuevo gran puente.

Uno de los puntos que me interesaba establecer era si la «golondrina purpúrea», *Progne tapera chalybaea*, estaba a la sazón por allí o ya había migrado al Norte. Pues bien, no había ni una para muestra. A cosa de setenta años de la estada de Hudson allí, exactamente en la misma época, este año la partida se había adelantado. (Véase Hudson, *Idle days in Patagonia*; el párrafo propio lo he traducido en mi artículo, *Viedma y los árboles de Hudson*, en *La Nación*, Buenos Aires, 12 junio 1933.)

A propósito de Hudson, he referido en el artículo que acabo de citar y en uno anterior (*Recuerdos de Hudson en Patagones*), en el mismo diario, (8 mayo 1932) cuánta dificultad experimenté para identificar los sitios a que hace referencia en sus libros aquél gran naturalista hijo de nuestro suelo. Como digo allí, he descubierto que «mi amigo inglés» fué don Ernesto Buckland; el médico-cirujano y teólogo fué el doctor Jorge Humble; la Misión tenía una quinta que da al río y cuyos grandes árboles todavía se pueden reconocer. Pero ahora estoy convencido que he identificado la «Barranca de los Loros», bastante disminuída por derrumbamientos y por la explotación de su piedra en la arquitectura lugareña, pero todavía con su flanco perforado por las cuevas de halcones y rapaces nocturnas que describe Hudson; y, aun, quizá, la «tapera» de la casa de «Ventura», su huésped criollo, su generoso amigo criollo, desconocido de la víspera, y quien, según mis inquisiciones, no sería otro que don Ventura Crespo, de una antigua familia de Patagones, descendiente próximo de los vencedores de la escuadra brasileña y su fuerza de desembarco, en el Cerro de la Caballada.